

Los Padres de Santo Domingo vieron en María la Madre de Cristo y de la Iglesia, la Estrella de la Primera y de la Nueva Evangelización, y, en su advocación de Guadalupe, un ejemplo de evangelización perfectamente inculturada.

3. Otra novedad ha sido el énfasis puesto en la *Cultura* y la inculturación, es decir, en el diálogo explícito del Evangelio no solo con las culturas, vgr. indígenas, afroamericanas, mestizas, urbanas, sino también con las mujeres y hombres creadores de cultura en la sociedad moderna y posmoderna.

De 1492 a mitad del siglo pasado, la Iglesia católica en América fue el hogar de la cultura, no solo en teología, filosofía y humanidades, sino también en arquitectura, escultura, pintura, teatro, poesía, en instituciones sociales y de promoción humana. Pueblo católico y cultura estaban fusionados. A partir de la independencia tal fusión se disolvió, por lo general, e inició una etapa de fractura entre pueblo católico y cultura. Santo Domingo invita a la comunidad católica a reconstruir los puentes con la cultura. Este me parece uno de los retos de mayor trascendencia de la Iglesia para el siglo XXI. El mundo se transforma por las ideas y por los grandes movimientos culturales. Lo acabamos de experimentar, dolorosamente, a lo largo del presente siglo, con las ideologías cristalizadas en sistemas sociales y políticos, hoy en descomposición.

Se cerró la IV Conferencia con un *Mensaje a los pueblos de América Latina y el Caribe*, que reproduce el esquema del Documento y sus líneas pastorales prioritarias. En la misma longitud de onda de la Asamblea, recoge la voluntad de servicio por medio de la nueva Evangelización y concluye con una invitación a la esperanza en medio de las tremendas dificultades en que se debate nuestro continente. Hay una llamada especial a la *reconciliación, a la solidaridad, a la integración y a la comunión*: ¡Todo un programa para América Latina!

Concluyó la IV Asamblea con una concelebración en la catedral primada de América, recién restaurada, de bella y elegante factura gótico-isabelina. La primera y más antigua catedral de América se diría un trozo de Toledo, Sevilla o Salamanca trasplantado en las naos descubridoras a tierras del Nuevo Mundo.

Con la clausura de la IV Conferencia de Santo Domingo se cerró también un aniversario, los 500 años de la llegada del Evangelio y de la cruz a América. Con el Programa de Santo Domingo de una nueva Evangelización, en los umbrales del Tercer Milenio, una nueva etapa está naciendo en América.

Mensaje de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano a los pueblos de América Latina y del Caribe

I. Presentación

1. Convocados por el Santo Padre Juan Pablo II a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y presididos por él en su inauguración, nos hemos reunido en Santo Domingo, representantes de los Episcopados de América Latina y Caribe y colaboradores del Papa en la Curia Romana. Participaron también otros invitados de diversas partes del mundo e igualmente sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos, además de observadores pertenecientes a otras Iglesias cristianas.

2. Una significativa efemérides ha sugerido la fecha de esta IV Conferencia: los 500 años del inicio de la evangelización del Nuevo Mundo. Desde entonces, la Palabra de Dios fecundó las culturas de nuestros pueblos llegando a ser parte integrante de su historia. Por eso, tras una larga preparación que incluyó una novena de años inaugurada aquí mismo en Santo Domingo por el Santo Padre, nos hemos congregado con actitud asumida por el mismo Santo Padre, a saber, con la humildad de la verdad dando gracias a Dios por las muchas y grandes luces y pidiendo perdón por las innegables sombras que cubrieron este período.

3. La IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano ha querido perfilar las líneas fundamentales de un nuevo impulso evangelizador que ponga a Cristo en el corazón y en los labios, en la acción y la vida de todos los latinoamericanos. Ésta es nuestra tarea: hacer que la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre penetren más profundamente en todos los estratos de la sociedad en búsqueda de su progresiva transformación. La Nueva Evangelización ha sido la preocupación de nuestro trabajo.

4. Nuestra reunión está en estrecha relación y continuidad con las anteriores de la misma naturaleza: la primera celebrada en Río de Janeiro en 1955; la siguiente en Medellín en 1968, y la tercera en Puebla en 1979. Reasumimos plenamente las opciones que enmarcaron aquellos encuentros y encarnaron sus conclusiones más sustanciales.

5. Estos eventos constituyen una valiosa experiencia eclesial de la cual procede una rica enseñanza episcopal, útil a las Iglesias y a la sociedad de nuestro continente. A estas orientaciones se suma ahora el compromiso evangelizador que emerge de la presente reunión, y que ofrecemos con humildad y alegría a nuestros pueblos.

6. La presencia maternal de la Virgen María, unida entrañablemente a la fe cristiana en Latinoamérica y Caribe, ha sido desde siempre, y en especial en estos días, guía de nuestro camino de fe, aliento en nuestros trabajos y estímulo frente a los desafíos pastorales de hoy.

II. América Latina y el Caribe: entre el temor y la esperanza

7. Grandes mayorías de nuestros pueblos, padecen condiciones dramáticas en sus vidas. Así lo hemos comprobado en las diarias tareas pastorales, y lo hemos expresado con claridad en muchos documentos. Así cuando sus dolores nos apremian, resuena en nuestros oídos la palabra que Dios dijo a Moisés: «He visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus gritos de dolor. Conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado para hacerlo subir a la tierra espaciosa y fértil» (Ex 3 7-8).

8. Esas condiciones podrían cuestionar nuestra esperanza. Pero la acción del Espíritu Santo nos proporciona un motivo vigoroso y sólido para esperar: la fe en Jesucristo, muerto y resucitado, quien cumple su promesa de estar con nosotros siempre (cf. Mt 28, 20). Esta fe nos lo muestra atento y solícito a toda necesidad humana. Nosotros buscamos realizar lo que Él hizo y enseñó: asumir el dolor de la humanidad y actuar para que se convierta en camino de redención.

9. Vana sería nuestra esperanza si no fuera actuante y eficaz. Falaz sería el mensaje de Jesucristo si permitiera una disociación entre el creer y el actuar. Exhortamos a quienes sufren a abrir sus corazones al mensaje de Jesús, que tiene el poder de dar un sentido nuevo a sus vidas y dolores. La fe, unida a la esperanza

y a la caridad en el ejercicio de la actividad apostólica, tiene que traducirse en «tierra espaciosa y fértil» para quienes hoy sufren en Latinoamérica y el Caribe.

10. La hora presente nos hace evocar el episodio evangélico del paralítico que estaba desde hacía treinta y ocho años junto a la piscina de la curación, pero que no tenía quién le introdujese en ella. Nuestro quehacer evangelizador quiere actualizar la palabra de Jesús al hombre inválido: «Levántate, toma tu camilla y anda» (cf. Jn 5, 1-8).

11. Deseamos convertir nuestros afanes evangelizadores en acciones concretas que hagan posible a las personas superar sus problemas y sanar sus dolencias -tomar sus camillas y caminar- siendo protagonistas de sus propias vidas, a partir del contacto salvífico con el Señor.

III. Una esperanza que se concreta en misión

A. La Nueva Evangelización

12. Desde la visita del Santo Padre a Haití en 1983 nos hemos sentido animados por un impulso alentador para una renovada y más eficaz acción pastoral en nuestras Iglesias particulares. A ese proyecto global que auspicia un nuevo Pentecostés, se le da el nombre de Nueva Evangelización (cf. Discurso inaugural, Juan Pablo II, nn. 6 y 7).

13. El episodio de los discípulos de Emaús, relatado por el evangelista Lucas, nos presenta a Jesús resucitado anunciando la Buena Nueva. Puede ser también un modelo de la Nueva Evangelización.

B. Jesucristo Ayer, Hoy y Siempre: Jesús sale al encuentro de la humanidad que camina (Lc 24, 13-17)

14. Mientras los discípulos de Emaús desconcertados y tristes caminaban de regreso a su aldea, el Maestro se les acerca para acompañarlos en su camino. Jesús busca a las personas y camina con ellas para asumir las alegrías y esperanzas, las dificultades y tristezas de la vida.

15. Hoy también nosotros, como pastores de la Iglesia en América Latina y el Caribe, en fidelidad al Divino Maestro, queremos renovar su actitud de cercanía y de acompañamiento a todos nuestros hermanos y hermanas; proclamamos el valor y la dignidad de cada persona, y procuramos iluminar con

la fe su historia, su camino de cada día. Éste es un elemento fundamental de la Nueva Evangelización.

C.Promoción Humana: Jesús comparte el camino de los seres humanos (Lc 24, 17-24)

16. Jesús no solamente se acerca a los caminantes. Va más allá: Se hace camino para ellos (cf. Jn 14, 6), penetra en la vivencia profunda de la persona, en sus sentimientos, en sus actitudes. Por medio de un diálogo sencillo y directo conoce sus preocupaciones inmediatas. El mismo Cristo Resucitado acompaña los pasos, las aspiraciones y búsquedas, los problemas y dificultades de sus discípulos cuando éstos se dirigen a su aldea.

17. Aquí Jesús pone en práctica con sus discípulos cuanto enseñara un día a un doctor de la Ley: las heridas y gemidos del hombre apaleado y moribundo que yacía al borde del camino constituyen las urgencias del propio caminar (cf. Lc 10, 25-37). La parábola del Buen Samaritano nos concierne directamente frente a todos nuestros hermanos, especialmente a los pecadores por los cuales Jesús derramó su sangre. Recordamos en particular a todos los que sufren: los enfermos, los ancianos que viven en soledad, los niños abandonados. Miramos también a los que son víctimas de la injusticia: los marginados, los más pobres, los habitantes de los suburbios de las grandes ciudades, los indígenas y afroamericanos, los campesinos, los sin tierra, los desempleados, los sin techo, las mujeres desconocidas en sus derechos. Nos interpelan también otras formas de opresión: la violencia, la pornografía, el tráfico y el uso de drogas, el terrorismo, el secuestro de personas, y otros muchos problemas acuciantes.

D.La cultura: Jesús ilumina con las Escrituras el camino de los hombres (Lc 24, 25-28)

18. La presencia del Señor no se agota en una simple solidaridad humana. El drama interior de los dos caminantes era que habían perdido toda esperanza. Ese desencanto se iluminó por la explicación de las Escrituras. La Buena Nueva que oyeron de Jesús transmitía el mensaje recibido de su Padre.

19. Explicándoles las Escrituras, Jesús corrige los errores de un mesianismo puramente temporal y de todas las ideologías que esclavizan al hombre. Explicándoles las Escrituras, les ilumina su situación y les abre horizontes de esperanza.

20. El camino que Jesús recorre al lado de sus discípulos está marcado

por las huellas del designio de Dios sobre cada una de las criaturas y sobre el acontecer humano.

21. Exhortamos a todos los agentes pastorales a profundizar en el estudio y la meditación de la Palabra de Dios para poder vivirla y transmitirla a los demás con fidelidad.

22. Reiteramos la necesidad de encontrar nuevos métodos para que a los constructores de la sociedad pluralista les lleguen las exigencias éticas del Evangelio, sobre todo en el orden social. La Doctrina Social de la Iglesia forma parte esencial del mensaje cristiano. Su enseñanza, difusión, profundización y aplicación son exigencias imprescindibles para la nueva evangelización de nuestros pueblos.

E. Un nuevo ardor: Jesús se da a conocer en la fracción del pan (Lc 24, 28-32)

23. Pero la explicación de la Escritura no fue suficiente para abrirles los ojos y hacerles ver la realidad desde la perspectiva de la fe. Es cierto que hizo arder sus corazones, pero el gesto definitivo para que pudieran reconocerlo vivo y resucitado de entre los muertos fue el signo concreto de partir el pan.

24. En Emaús se abrió además un hogar para Alguien que andaba peregrino. Cristo reveló su intimidad a los compañeros de camino y en su actitud de compartir reconocieron al que durante su vida no hizo más que darse a los hermanos y quien selló con su muerte en la cruz la entrega de toda su vida.

25. Concluidos estos días de oración y de reflexión, volvemos a los hogares que forman nuestras Iglesias particulares para compartir con los hermanos, con quienes construimos lo cotidiano de la vida; en especial con quienes participan más de cerca en nuestro ministerio: nuestros presbíteros y diáconos, a quienes deseamos expresar un particular afecto y gratitud. Que la celebración eucarística inflame siempre más sus corazones para llevar a la práctica la Nueva Evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana.

F. Misión: Jesús es anunciado por los discípulos (Lc 24, 33-35)

26. El encuentro entre el Maestro y los discípulos ha terminado. Jesús desaparece de su vista. Pero ellos, impulsados por un nuevo ardor, salen gozosos a emprender su tarea misionera. Abandonan la aldea y van en búsqueda de los otros discípulos. La vivencia de la fe se realiza en comunidad. Por eso los discípulos regresan a Jerusalén a encontrarse con sus hermanos y comunicarles

el encuentro con el Señor. A partir de la fe, vivida en comunidad, ellos se convierten en pregoneros de una realidad totalmente nueva: «El Señor ha resucitado y está de nuevo entre nosotros». La fe en Jesús lleva consigo la misión.

27. «Para América Latina y el Caribe que recibió a Cristo hace ahora quinientos años, el mayor signo del agradecimiento por el don recibido, y de su vitalidad cristiana, es empeñarse ella misma en la misión» (Discurso inaugural, Juan Pablo II, n. 28), sea en su interior que más allá de sus fronteras.

IV. Líneas pastorales prioritarias

28. La IV Conferencia propone, con grandes esperanzas y teniendo en cuenta los meritorios aportes recibidos de las Conferencias Episcopales y de tantas otras instancias de la Iglesia, las siguientes líneas de acción pastoral. Para guiar nuestros trabajos hemos tenido la orientación y el apoyo del Santo Padre, quien desde mucho tiempo atrás ha estado motivando esta IV Conferencia.

29. Ante todo, proclamamos la adhesión en la fe de la Iglesia en América Latina y en el Caribe a Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre (cf. Hb 13, 8).

30. Para que Cristo esté en medio de la vida de nuestros pueblos, convocamos a todos los fieles a una Nueva Evangelización y llamamos especialmente a los laicos y entre ellos a los jóvenes. Y en esta hora confiamos que muchos jóvenes, ayudados por una eficaz pastoral vocacional, puedan responder al llamado del Señor para el sacerdocio y la vida consagrada.

-Una catequesis renovada y una liturgia viva, en una Iglesia en estado de misión, serán los medios para acercar y santificar más a todos los cristianos y, en particular, a los que están lejos y son indiferentes.

-La Nueva Evangelización intensificará una pastoral misionera en todas nuestras Iglesias y nos hará sentir responsables de ir más allá de nuestras fronteras para llevar a otros pueblos la fe que hace 500 años llegara hasta nosotros.

31. Como expresión de la Nueva Evangelización nos comprometemos también a trabajar por una promoción integral del pueblo latinoamericano y caribeño, teniendo como preocupación que sus principales destinatarios sean los más pobres.

-En esta promoción humana ocupa un lugar privilegiado y fundamental la familia, donde se origina la vida. Hoy es necesario y urgente promover y defender la vida, por los múltiples ataques con que la amenazan sectores de la sociedad actual.

32. Debemos alentar una evangelización que penetre en las raíces más hondas de la cultura común de nuestros pueblos, teniendo una especial preocupación por la creciente cultura urbana.

-Nos ha merecido una particular atención ocuparnos de una auténtica encarnación del Evangelio en las culturas indígenas y afroamericanas de nuestro continente.
-Para toda esta inculturación del Evangelio es muy importante desarrollar una eficaz acción educativa y utilizar los medios modernos de comunicación.

V. Saludos y votos

33. No deseamos concluir este Mensaje sin dirigir una palabra afectuosa a algunas personas y grupos sobre quienes gravitan una particular responsabilidad eclesial o social.

34. Un saludo especial dirigimos a nuestros presbíteros y diáconos, solícitos colaboradores de nuestra misión episcopal, que han estado presentes todos los días en nuestro recuerdo y oración. Alimentamos la esperanza de que, como siempre, nos ayudarán a llevar al pueblo de nuestras Iglesias particulares las conclusiones de esta Conferencia. Reciban ellos la expresión de nuestro afecto paterno y fraterno y nuestra gratitud por su sacrificado e infatigable compromiso en el ministerio.

35. Con igual solicitud tenemos presentes a los religiosos y religiosas, miembros de institutos seculares, agentes de pastoral, catequistas, animadores de comunidades eclesiales de base, de movimientos, miembros de comunidades eclesiales y ministros extraordinarios, que ciertamente recibirán de los contenidos de la IV Conferencia renovado ánimo para su quehacer eclesial.

36. Va nuestro pensamiento agradecido a los numerosos misioneros y misioneras que desde la primera hora, en condiciones de gran dificultad y con mucha renuncia hasta el sacrificio de la vida, anunciaron el Evangelio en nuestro continente.

37. Fue para nosotros causa de aliento y alegría tener en nuestro encuentro observadores pertenecientes a Iglesias cristianas hermanas. A ellos, y por su medio a todas estas Iglesias con las cuales compartimos la fe en Jesucristo Salvador, llegue nuestro saludo fraterno, unido a la oración, a fin de que, en la hora que Dios señale, podamos realizar el testamento espiritual de Jesucristo: «Que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17, 21).

38. A los pueblos indígenas, habitantes originarios de estas tierras, poseedores de innumerables riquezas culturales, que están en la base de nuestra

cultura actual, y a los descendientes de millares de familias venidas de varias regiones del África manifestamos nuestra estima y el deseo de servirles como ministros del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

39. Nos unimos a los constructores y dirigentes de la sociedad -gobernantes, legisladores, magistrados, jefes políticos y militares, educadores, empresarios, responsables sindicales y tantos otros- y a todos los hombres de buena voluntad que trabajan por la promoción y defensa de la vida, en la exaltación y dignidad del hombre y la mujer, en la custodia de sus derechos, en la búsqueda y afianzamiento de la paz, alejada toda forma de carrera armamentística. Desde esta IV Conferencia les exhortamos a que, en el ejercicio de su respetable misión al servicio de los pueblos, se empeñen en favor de la justicia, de la solidaridad y del desarrollo integral, guiados por el indispensable imperativo ético en sus decisiones.

40. De un modo especial deseamos que las enseñanzas que entregamos de parte del Señor resuenen en el interior de las familias latinoamericanas y caribeñas. A ellas, que son el santuario de la vida, se les pide que hagan germinar el Evangelio en el corazón de sus hijos por medio de una adecuada educación. En un momento en que la cultura de muerte nos amenaza, encontrarán aquí una «fuente que salta hasta la vida eterna». Los padres, con su ejemplo y su palabra, son los grandes evangelizadores de su «Iglesia doméstica» y de ellos depende, en buena parte que esta Conferencia de Santo Domingo dé sus frutos. Por eso, junto con saludarles quisiéramos expresarles nuestra cercanía y apoyo.

41. A los representantes del mundo de la cultura les alentamos a que intensifiquen sus esfuerzos en favor de la educación, que es la llave maestra del futuro; alma del dinamismo social, derecho y deber de toda persona; para sentar las bases de un auténtico humanismo integral (Juan Pablo II, Misa Faro a Colón, n. 7).

42. Cordialmente invitamos a todos los comunicadores sociales a ser voceros incansables de reconciliación, firmes promotores de los valores humanos y cristianos, defensores de la vida y animadores de la esperanza, de la paz y de la solidaridad entre los pueblos.

VI. Conclusión

43. Entregamos pues llenos de confianza este Mensaje al Pueblo de Dios en América Latina y el Caribe. Lo entregamos con igual sentimiento a todos los

hombres y a todas las mujeres, especialmente a los jóvenes del continente llamados a ser protagonistas en la vida de la sociedad y de la Iglesia en el nuevo milenio cristiano ya a las puertas (D.I., 27). También a quienes sin participar de nuestra fe cristiana y católica se adhieren al Mensaje de esta Asamblea de Santo Domingo por reconocer en ella una llamada al humanismo cristiano y evangélico que ellos estiman y viven.

44. A los hermanos en la fe, este Mensaje desea trazarles una explícita profesión de fe en Jesucristo y en su Buena Nueva. En este Jesús, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8), tenemos la certeza de encontrar inspiración, luz y fuerza para un renovado espíritu evangelizador. En Él se encuentran también motivos y orientaciones para nuevos esfuerzos en vista de la auténtica promoción humana de casi quinientos millones de latinoamericanos. Es Él igualmente quien nos ayudará a infundir en los valores culturales propios de nuestra gente su marca cristiana, su identidad, la riqueza de la unidad en medio de la variedad.

45. A todos queremos proponer el contenido de la Conferencia de Santo Domingo como premisa para el permanente rejuvenecimiento del ideal de nuestros próceres sobre la Patria Grande. Estamos efectivamente persuadidos de que el encuentro con las raíces cristianas y católicas comunes a nuestros países dará a América Latina la unidad deseada.

46. Hay en América fermentos de división muy activos. Falta mucho en nuestra tierra americana para ser el continente unificado que deseamos. Ahora, además de su objetivo primariamente religioso, la Nueva Evangelización lanzada por la IV Conferencia General ofrece los elementos necesarios para el surgimiento de

- la indispensable reconciliación gracias a la cual, en la lógica del Padre nuestro, se superan antiguas y nuevas discordias, se dará el perdón mutuo a los antiguos y nuevos agravios, se limarán antiguas y nuevas ofensas, se restaurará la paz;
- la solidaridad, ayuda de unos para volver soportable el peso de otros y para compartir con los otros los propios logros: «Hay que hacer valer el nuevo ideal de solidaridad frente a la caduca voluntad de dominio» (Discurso inaugural, Juan Pablo II, n. 15);

- la integración de nuestros países unos con los otros, vencidas las barreras de aislamiento, de las discriminaciones y de los desintereses recíprocos: «Un factor que puede contribuir notablemente a superar los apremiantes problemas que hoy afectan a este continente es la integración latinoamericana» (Discurso inaugural, Juan Pablo II, n. 15 y también n. 17);

- la profunda comunión desde la Iglesia en torno a la voluntad política de progreso y de bienestar.

47. Que el patrimonio social y espiritual contenido en estas cuatro palabras claves: reconciliación, solidaridad, integración y comunión, se transformen en la mayor riqueza de América Latina. Son éstos los votos y las oraciones de los obispos integrantes de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Sea también el mejor regalo que la Gracia de Dios nos conceda. Pensamos que tal patrimonio es tarea y obligación de todos y cada uno.

48. A Nuestra Señora de Guadalupe, Estrella de la Nueva Evangelización, confiamos nuestros trabajos. Ella ha caminado con nuestros pueblos desde el primer anuncio de Cristo. A Ella le suplicamos hoy que llene de ardor nuestros corazones para proclamar con nuevos métodos y nuevas expresiones que Jesucristo es el mismo Ayer, Hoy y Siempre (Hb 13, 8).

Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. «Jesucristo, ayer, hoy y siempre»

**Discurso del Papa
en la inauguración en Santo Domingo
de la IV Conferencia
general del Episcopado latinoamericano,
12 de octubre**

Queridos hermanos en el episcopado, amados sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos:

1. Bajo la guía del Espíritu, al que hemos invocado fervientemente para que ilumine los trabajos de esta importante asamblea eclesial, inauguramos la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, poniendo nuestros ojos y nuestro corazón en Jesucristo, «el mismo ayer, hoy y siempre» (Hb 13, 8). Él es el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega (Ap 21, 6), la plenitud de la evangelización, «el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena» (Evangelii nuntiandi, 7).

En este encuentro eclesial sentimos muy viva la presencia de Jesucristo, Señor de la historia. En su nombre se reunieron los obispos de América Latina en las anteriores Asambleas -Río de Janeiro en 1955; Medellín en 1968; Puebla en 1979-, y en su mismo nombre nos reunimos ahora en Santo Domingo, para tratar el tema «Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana», que engloba las grandes cuestiones que, de cara al futuro, debe afrontar la Iglesia ante las nuevas situaciones que emergen en Latinoamérica y en el mundo.

Es ésta, queridos hermanos, una hora de gracia para todos nosotros y para la Iglesia en América. En realidad, para la Iglesia universal, que nos